

CUENCA

Situada en el sector central de la provincia, la ciudad de Cuenca se encuentra en la puerta de la comarca montañosa de La Serranía, perteneciente a la rama castellana del Sistema Ibérico. Constituye este conjunto urbano uno de los ejemplos más notables de vinculación de una ciudad a su entorno natural. Su original emplazamiento, sobre un espolón cretácico rodeado de las hoces de los ríos Júcar y Huécar, la convierten en una de las ciudades-paisaje más hermosas del mundo. En lo alto de ambas hoces despunta todo un caserío adaptado a la orografía del terreno que se derrama desde la zona más alta de este "escarpado crestón" hasta la parte donde confluyen los ríos Júcar y Huécar. Una "urbe envuelta en roca, agua, vegetación, luz y aire".

Muchos han sido los que han dedicado notables referencias a la que Troitiño Vinuesa califica de "vieja ciudad castellana". Así, nos encontramos con testimonios como el de Odón de Buen, quien destaca que "Cuenca vista desde abajo tiene algo de pirámide y de acrópolis" o, por ejemplo, Gustavo Torner, que habla de Cuenca como "topografía vestida de ciudad".

Pocos son los testimonios arqueológicos y documentales que nos ayudan a conocer el origen del poblamiento en Cuenca: es el caso de los restos arqueológicos pertenecientes a la Edad del Hierro que aparecieron en las proximidades de la Catedral. De lo que ya nadie duda es del origen musulmán de la ciudad. Cuenca debe su fundación a los bereberes de la tribu *Hawwara*,



Panorámica de la ciudad con la catedral

dominadores de la *Kora* de Santaver en la Marca Media. Las condiciones geográficas del terreno y su buena situación en las rutas estratégicas entre La Mancha y los valles del Ebro y del Tajo, fueron las claves que hicieron que los musulmanes aprovecharan uno de los mejores emplazamientos defensivos de la serranía conquense para ubicar una ciudad-fortaleza que permitiese controlar todo el territorio. Aunque todo parece indicar que durante las dos primeras etapas de dominio musulmán en la Península Ibérica, el protagonismo de esta plaza fue inferior al de otras villas fortificadas de la *Kora* de Santaver, como Huete, Uclés o Huéllamo. Pero en los últimos años del Califato comenzaría a despuntar *Kunka* sobre las restantes poblaciones del terreno, seguramente por su posición defensiva superior a cualquier otra, y por la posible revalorización de sus recursos, madera y lana principalmente.

Las tropas cristianas al mando del rey Alfonso VIII, tras un prolongado asedio, consiguieron conquistar Cuenca un 21 de septiembre del año 1177, iniciándose así una nueva etapa en la historia de la ciudad.

Una nueva etapa en la que el rey cristiano, como muestra de su cariño por Cuenca, instala en ella su Corte durante diez años, transforma la Mezquita Mayor en Iglesia Catedral, establece en Cuenca la Sede Episcopal y concede a sus habitantes numerosos privilegios. Además, manda elaborar un código jurídico que regiría la ciudad a partir de ese momento, el *Forum Conche*, convertido en el más famoso de los Fueros Municipales de la Castilla Medieval. Toda una serie de circunstancias que convierten a Cuenca en el centro organizador del territorio que englobaba la Serranía, Alcarria y Mancha. Además, si bien es cierto que durante la reconquista de la ciudad la industria pañera sufre un parón, poco a poco irá recuperándose, llegando a distinguirse Cuenca como una de las mejores ciudades pañeras castellanas.

La conquista de Cuenca por parte de Alfonso VIII supone, además, una gran transformación para la ciudad. El propio monarca puso todo su empeño en reorganizar la vieja ciudad musulmana y consolidar la conquista cristiana. Todo ello hace que esta ciudad-fortaleza conozca grandes transformaciones no sólo en el ámbito demográfico, jurídico, económico y religioso, sino también en el plano urbanístico. Cuenca ve cómo se va expandiendo su territorio y la población va ocupando todo el terreno situado en la parte más baja del recinto amurallado, hasta entonces despoblado, surgiendo así nuevos barrios en la parte baja de la ciudad, como el de San Esteban, San Vicente, San Salvador, Santo Domingo o San Juan.

La ciudad se reorganiza a finales del siglo XII sobre el terreno que había ocupado hasta entonces la Mezquita Mayor, el que será el centro religioso más importante de Cuenca: la Catedral. Estaba situada en la plaza medieval de Santa María o Picota, el lugar más importante donde confluían las principales actividades de la población. Al otro lado, en la parte más oriental del templo, aquella que daba a la Hoz del Huécar, se situaba lo que se conocía como el "corral de la iglesia", todo el conjunto de edificaciones dedicadas a diferentes usos por parte de la Iglesia: desde lugares de administración y reunión, hasta hornos o talleres para los obreros de la catedral.

El tejido urbano de Cuenca se organizaba alrededor de un eje formado por las calles de San Juan, Correría, la Plaza de Santa María y la calle o cal Mayor, que conectaba dos de los accesos más importantes de la ciudad, la puerta de Huete y la del Castillo. Aparte de este eje fundamental, la ciudad contaba con otras vías importantes que daban acceso desde el centro hasta la parte baja de la misma. Éstas eran las de Solera y Caballeros, por una parte, y Pellejería y Zapatería Nueva, por la parte del Alcázar. La calle era un elemento esencial en el paisaje urbano de la ciudad. Predominaban las estrechas, tortuosas, angostas, con fuertes desniveles y grandes cuestas que dificultaban el paso en época de lluvias y, sobre todo, de nieves, con pasadizos y voladizos, sin ningún tipo de pavimentación. Las calles medievales se caracterizaban por ser lugares con gran animación, con mucha vida. Era un continuo ir y venir de gente. Por ellas transitaban vendedores ambulantes, en ellas trabajaban los artesanos. También era el lugar donde actuaban los juglares y titiriteros, donde se celebraban fiestas y procesiones. Pero tam-

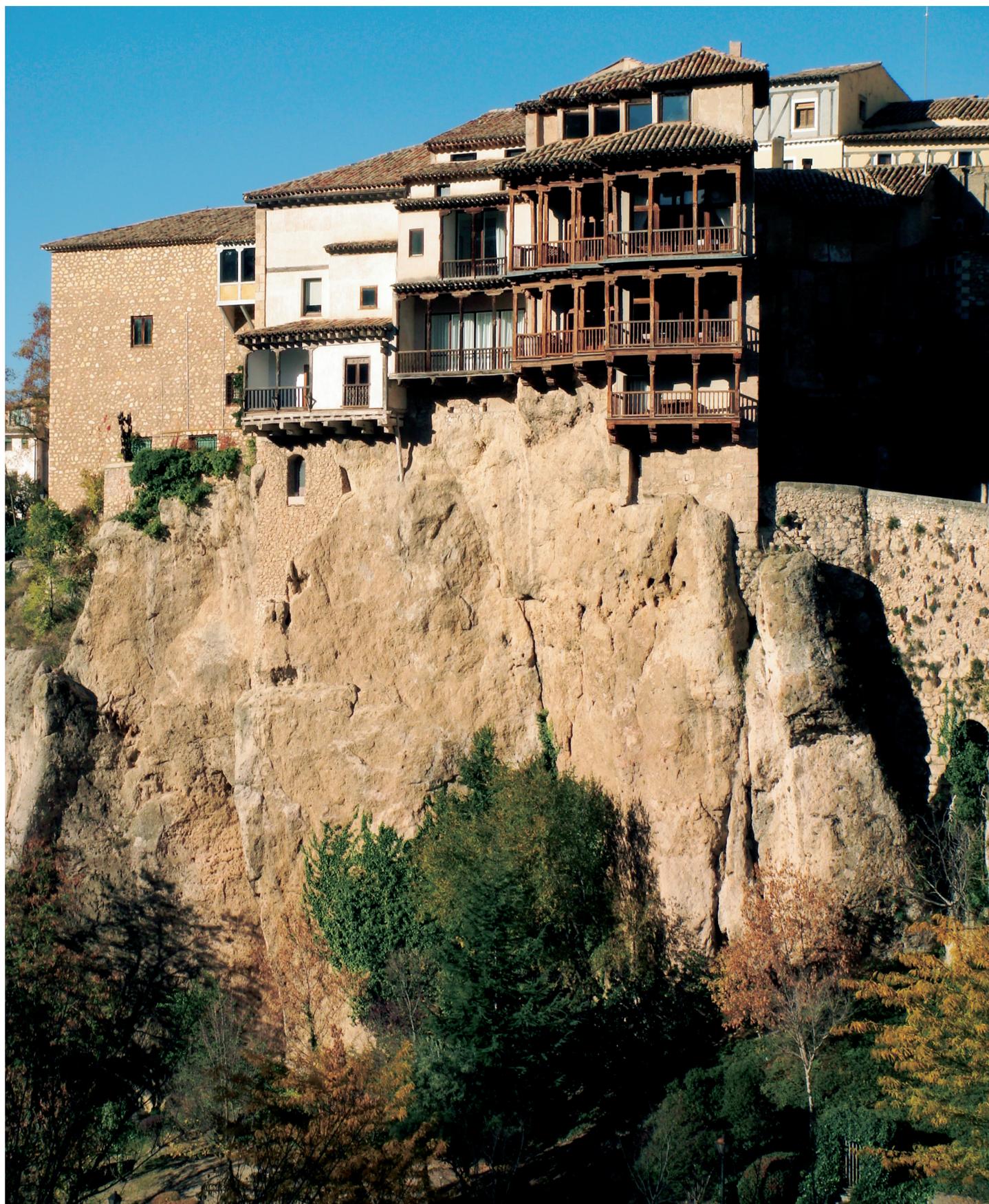
bién donde existía una gran suciedad y contaminación provocada por elementos orgánicos y minerales que se encontraban a lo largo de todo su recorrido.

Otra característica destacable de la ciudad: la población sale fuera de la muralla y comienzan a aparecer diferentes arrabales. Fuera del cerco de la muralla destaca ya en esta época el arrabal de Barrionuevo, que, según algunas fuentes, aparecería ya en el siglo XIII y se encontraba en el espacio situado en los alrededores del Puente del Canto (actual puente de San Antón) y del río Júcar. Tenía una población estable dedicada a actividades manufactureras y también agrarias. También estaba fuera del recinto murado el Hospital de Santiago, fundado por la Orden de Santiago en los terrenos donados a la misma como agradecimiento por su contribución en la conquista de la ciudad. Concretamente se trataba de las casas que el rey Alfonso VIII donó a Tello Pérez y Pedro Gutiérrez como agradecimiento por su participación en la conquista de Cuenca. Ambos personajes decidieron entregarlas, a su vez, a la Orden de Santiago en el año 1182. Sobre estas pequeñas construcciones se erigió un hospital, que en un principio dio acogida a los cristianos redimidos del cautiverio, pero que a partir del año 1250 sólo acogía a enfermos y peregrinos.

Ya en el interior del espacio defendido por murallas se comienzan a construir diferentes parroquias alrededor de las cuales crecen y se desarrollan diferentes barrios o *collaciones*. Estas últimas eran divisiones más bien administrativas que servían de base para la participación política de los vecinos de la ciudad. En concreto, en la ciudad de Cuenca encontramos trece *collaciones*. Dentro de éstas, a su vez, y como en cualquier ciudad medieval castellana, la vida se ordenaba en torno a tres puntos vitales: la parroquia, la plaza y la fuente. Los tres se encontraban generalmente situados en el centro de la barriada y muy próximos entre sí. Pero si encontramos alguna característica común en las primeras parroquias levantadas después de la conquista cristiana es su proximidad con el lienzo de la muralla, llegando a confundirse, en



*Un rincón
con sabor medieval*



Casas colgadas

algunas ocasiones, con el propio sistema defensivo de la ciudad. Dentro de la Cuenca medieval había además otros destacables edificios, como el destinado a ser sede del Obispado de Cuenca que ocupaba únicamente las alas sur y oeste en torno al patio que posteriormente diseñó Pedro de Alviz.

En el siglo XVI Cuenca era una de las ciudades más destacadas de Castilla, gracias en parte a que había sido una de las mayores productoras en textil y ganadería de todo el reino. Desde muy pronto, como se recoge en el fuero de Cuenca (siglo XII), se autorizó a realizar una feria anual, de dos semanas de duración –que quedaría derogada en el siglo XIV–, que se uniría al mercado semanal y al que se formalizaba diariamente. Hoy parece imposible que una pequeña urbe como Cuenca tuviera capacidad suficiente para dar salida a todos los productos que se comercializaban en las distintas ferias y mercados, pero también debemos pensar que, gracias a su privilegiada situación geográfica (por un lado su ubicación entre comarcas de economía complementaria y por otro, su carácter de encrucijada de caminos que le facilitaba el acceso a provincias como Aragón, Valencia y la Alta Andalucía), la diferente oferta y demanda no sería aprovechada simplemente por la capital y su Alfoz, sino también por diversas ciudades cercanas.

Tras la gran epidemia de peste de 1598, el alza de precios, la expulsión de los moriscos en 1608, la emigración a América, la elección de Madrid como capital del reino y, sobre todo, el hundimiento de la pañería conquense como consecuencia de la subida del precio de la lana, Cuenca dejó de ser un centro creador; sin embargo, podemos considerar a la ciudad castellanomanchega casi ajena a esta crisis en el aspecto constructivo.

Es ya en el siglo XVIII cuando Cuenca se vuelve a poner a la altura de las expectativas creadas en centurias anteriores. Si a los destrozos ocasionados por el conflicto de la guerra de Sucesión (hay que recordar que Cuenca se vio ocupada en el año 1706 por las tropas del archiduque Carlos) con la necesidad de restaurar o reedificar la mayoría de los edificios, sumamos una bonanza económica (aunque Felipe V decidió clausurar la Real Casa de la Moneda) y, sobre todo, los autores, que se adaptaron perfectamente, obtenemos altas cotas de creatividad. De esta época, por destacar algunas obras de las más sobresalientes, es el monumental seminario; el ayuntamiento, con un notorio concepto teatral o la iglesia-convento de San Lorenzo Justiniano, obra del académico Alejandro González Velázquez.

A principios del siglo XIX Cuenca vuelve a sufrir los desastres de una nueva guerra, siendo en esta ocasión las tropas napoleónicas (1810) las que saquearon y prendieron fuego a varios puntos estratégicos de la ciudad, dando comienzo otro triste episodio de decadencia material de la capital. Durante este siglo, Cuenca, poco a poco, va recuperando su nivel de población, llegando a final de la citada centuria a los 10.000 habitantes.

La relativa tranquilidad con la que comenzó el siglo XX se verá alterada, como en toda España, por el estallido de uno de los peores episodios recientes de nuestra historia, la guerra civil. Cuenca permanecerá en el bando republicano hasta el último año de la contienda, en que pasará a formar parte de la zona nacional. Tras el conflicto, la ciudad sufrirá una fuerte corriente de emigración en búsqueda de oportunidades en otras zonas más industrializadas de la península.

Actualmente, la ciudad se apoya básicamente en el turismo, gracias en parte a su renovado gusto artístico y a los innumerables esfuerzos realizados por diversos autores para otorgar a la capital un nuevo espacio donde depositar, difundir y disfrutar del floreciente arte abstracto y, sobre todo, la inclusión en el año 1996 por la UNESCO como Ciudad Patrimonio de la Humanidad, bajo esta justificación: “El comité decide inscribir esta propiedad bajo los criterios culturales II y V, se destaca su valor universal así como el excepcional ejemplo de fortaleza medieval que conserva notablemente intacto y su paisaje urbano original junto con muchos ejemplos de arquitectura civil y religiosa de los siglos XII a XVIII. Además es excepcional porque la ciudad amurallada combina y realza el paisaje rural dentro del natural en el cual está situado”.

Bibliografía

AA.VV., 2004, pp. 18-38; ALONSO VELASCO, J. M., 2003, pp. 2-45; ALMAGRO GORBEA, A., 1979-1981; ALMAGRO GORBEA, A., 1980, pp. 9-26; ALMONACID CLAVERÍA, J. A., 1986, pp. 145-154; ÁLVAREZ DELGADO, Y. y REQUENA, J., 2002, pp. 13-33; BARRIO MOYA, J. L., 1998, pp. 65-70; CABAÑAS GONZÁLEZ, M. D., 1985, pp. 1.701-1.728; CORDENTE MARTÍNEZ, H., 1981, pp. 5-45; DÍAZ IBÁÑEZ, J., 2003, pp. 183-185; ESPOILLE DE ROIZ, M. E., 1982, pp. 206-227; FUENTES DOMÍNGUEZ, A., OSUNA RUIZ, M. y PALOMERO PLAZA, S., 1983, pp. 63-71; GARCÍA MARCHANTE, J. S., 2002, pp. 15-51; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J., 1982, pp. 183-204; GUERRERO NAVARRO, Y. y SÁNCHEZ BENITO, J. M., 1994, p. 26; HERRERA GARCÍA, A., 2002, pp. 5-20; IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P. M., 2003, pp. 13-37, 157-158; IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P. M., 2006, p. 309; JIMÉNEZ MONTEREÍN, M., 2001, pp. 51-115; LARRAÑAGA MENDÍA, J., 1990, pp. 1-5; LOMAX, D. W., 1982, pp. 303-310; LÓPEZ RUBIO, M. J., 1999, pp. 187-213; MADOZ, P., 1845-1850 (1987), I, pp. 403-437; MÁRTIR RIZO, J. P., 1629 (1979), p. 106; MILLÁN MARTÍNEZ, J. M., 2003, pp. 23-49; MONEDERO BERMEJO, M. A., 1982, pp. 7-30; MUÑOZ, J. L. y PINÓS, J. L., 1978, pp. 16-215; NIETO SORIA, J. M., 1982, pp. 111-132; NIETO TABERNÉ, T., ALEGRE CARVAJAL, E. y EMBID GARCÍA, M. A., 1994, pp. 13-27; NIETO TABERNÉ, T. y ALEGRE CARVAJAL, E., 2001, pp. 17-25; OSUNA RUIZ, M., 1976, pp. 2-10; PÉREZ MARTÍNEZ, D., 1982, pp. 47-78; RODRÍGUEZ SAIZ, A., 1998, pp. 83-88; RODRÍGUEZ ZAPATA, J. L., 1998, pp. 69-81; ROKISKI LÁZARO, M. L., 1985, pp. 80-331; ROKISKI LÁZARO, M. L., 1995, pp. 11-16; SÁNCHEZ BENITO, J. M., 1997, pp. 12-50; SOLÍAS ARÍS, J. M., HUÉLAMO GABALDÓN, J. M. y COLL CONESA, J., 1990, pp. 25-30; TROITIÑO VINUESA, M. A., 1984, pp. 26-27; TROITIÑO VINUESA, M. A., 1995a, pp. 5-31; VALMAÑA VICENTE, A. 1977, pp. 2-78; YOUSEFF HOTEIT, A., 1993, pp. 5-48.

Muralla cristiana

AL TRATARSE DE UNA CIUDAD fronteriza, Cuenca tuvo que preocuparse por mantener un buen sistema defensivo que protegiera su población. Así pues, después de la conquista de la ciudad por Alfonso VIII, la reconstrucción del sistema defensivo de la ciudad fue una de las preocupaciones primordiales de la población, y más concretamente de sus autoridades. Esta inquietud fue constante durante toda la Edad Media, y la configuración de la muralla de la ciudad de Cuenca se completó en el siglo XIII.

Si bien el origen de este recinto murado era musulmán, es cierto también que a partir de entonces, con las tropas cristianas al mando de la ciudad, el sistema defensivo se alargó y ensanchó por el aumento de la población, y por la consiguiente necesidad de defender a las nuevas gentes venidas de otros lugares que fueron instalándose en la parte más baja de la ciudad.

En un primer momento, el objetivo fundamental fue reconstruir las zonas más dañadas durante el enfrentamiento militar, como por ejemplo la cerca situada en las inmediaciones de la Albufera y el muro de la zona del Alcázar, concretamente aquel que delimitaba el barrio judío en esta zona. En la parte más alta de la ciudad, en la zona del Castillo, los primeros trabajos de reconstrucción se centrarían, sobre todo, en el regruesamiento de la cara norte de la gran torre y en el reforzamiento de los dos fosos que defendían esta zona, sobre todo el oriental.

En cuanto al trazado de la muralla, vendría a ser más o menos el mismo que en época musulmana. La línea defen-

siva bajaba del castillo dividida en dos vertientes: una occidental, por el Júcar, y otra oriental, por el Huécar, para cerrarse en la que se conoce como Puerta de Huete. En este recorrido cobraban especial importancia las puertas que se abrían para dar acceso al interior del recinto urbano. Destacan sobre las demás la del Castillo, situada en la parte más alta de la ciudad, donde iba a morir la Calle Mayor (hoy calle de San Pedro) y donde se iniciaban algunos de los tortuosos caminos que comunicaban la ciudad con la serranía; la del Mercado, que situada en las proximidades de la Iglesia de San Pedro comunicaba la zona del castillo con el resto de la ciudad, y la de Valencia, justo en el recodo del Huécar, al comienzo de la calle de los Tintes, en las inmediaciones del puente levantado sobre el río Huécar. Al igual que las anteriores, la puerta de Valencia era de origen musulmán, pero durante esta época sufrió una serie de remodelaciones para su consolidación. Pero destaca una sobre todas las demás: la puerta de Huete. Era la más importante de la ciudad durante la Edad Media, y estaba en la parte más baja de la misma, muy cerca de la confluencia de los ríos Júcar y Huécar, de donde hoy arranca la calle Palafox. De esta puerta salía un camino que, después de cruzar el puente sobre el Júcar, se bifurcaba en dos, uno con dirección a Embid y otro hacia Chillarón y Madrid. Muy cerca de esta puerta, en la vertiente del río Júcar, se abría la puerta de San Juan, única de todas ellas que asomaba a la escarpada Hoz del Júcar y que fue reedificada en el siglo XIII por el maestro de cantería Juanes de Zuloeta.



Puerta y muralla



Restos de la muralla

Además, se abrirían numerosos postigos o postiguillos que daban acceso, por ejemplo, a todas las huertas que se situaban en las hoces de los ríos Júcar y Huécar. Entre los más importantes estaban el postigo de San Martín –situado en el barrio de su mismo nombre, que daba acceso al río Huécar y al camino que llevaba a la localidad de Cañete– y el postigo de Santa Cruz, próximo a la iglesia de su mismo nombre, que compartía con el postigo de San Martín un puente situado en las proximidades de ambos.

Pero la diferencia más significativa de esta época será la construcción de una barbacana, una avanzadilla defensiva, levantada entre la puerta de Valencia y la puerta de

Huete, que no sólo ofrecería mayor seguridad ante posibles atacantes, sino también vendría a ofrecer cierta seguridad ante una posible crecida del río Huécar.

Texto y fotos: VCC

Bibliografía

ALMAGRO GORBEA, A., 1980, pp. 9-26; ÁLVAREZ DELGADO, Y. y LÓPEZ REQUIENA, J., 2002, pp. 20-24; IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P. M., 2006, pp. 203-234; SÁNCHEZ BENITO, J. M., 1997, pp. 12-50.

Museo Diocesano

SITUADO EN LA CALLE OBISPO VALERO, contigua a la Catedral, exactamente a su espalda, el museo se ubica en tres plantas del Palacio Episcopal. Dicho recinto, gracias a una comisión mixta del Obispado y la Caja de Ahorros, empezó su reforma en el año 1977. Dos son las figuras más importantes en este proyecto, por un lado el arquitecto Fernando Barja Noguerol, que consolidó y adaptó los casi 1.007 m² de museo, y por otro Gustavo Torner, creador del espacio artístico. Así, gracias a dicha colaboración, nacía el Museo Diocesano un 23 de mayo de 1983, inaugurado por el obispo don José Guerra Campos.

El espacio museístico acoge gran cantidad de objetos litúrgicos, escultura, pintura y otras piezas artísticas (entre las que destaca su colección de alfombras y tapices) que abarcan desde el siglo XII hasta piezas del pasado siglo.

En la planta de entrada se encuentran algunos de los más famosos tapices de la colección, las puertas de la Capilla Honda de la Catedral, realizada en madera con restos policromados y cuyos herrajes datan del siglo XV, así como otras tallas de gran importancia.

Pasando a la planta principal, destaca sobremanera el famoso calvario de Alfonso VIII, del que hablaremos más adelante, y otra impresionante muestra de alfombras. Por último, en la planta inferior y tras atravesar una puerta acorazada, se encuentra el tesoro del museo.

Distribuido en tres grandes vitrinas, se cobijan los más importantes objetos litúrgicos de la Diócesis, que durante siglos se han ido guardando en las instalaciones de la Catedral. A su vez, enfrente de dichas vitrinas encontramos seis pequeños espacios acristalados en los que se conservan diferentes cruces procesionales.

CRUZ DE COBRE (PROCEDENTE DE ARRANCACEPAS)

Al ser un objeto procesional, esta cruz también se encuentra ubicada en la planta inferior del museo o planta del tesoro. Tras adentrarnos en la cámara acorazada, hemos de dejar atrás las tres vitrinas a mano izquierda y centrarnos en el último de los expositores, en esta ocasión a mano derecha del espectador. En el mismo lugar encontramos otra cruz procedente de Ribagorda y que trataremos más adelante.

Un poco más grande que la cruz de Valdeganga (59 x 32 cm), estamos ante una obra realizada en cobre dorado que cuenta con ornamentación de tallo ondulante a lo largo de sus brazos. Dicha pieza, fechada a mediados del siglo XIII, conserva una pequeña porción de policromía en los cabujones realizados en las ampliaciones de los brazos en color azul.

Como es habitual, en el centro presenta un Cristo coronado, con un *perizonium* más amplio de lo normal que cubre hasta la rodilla, en esta ocasión sin la sujeción de los clavos. Si la comparamos con la de Valdeganga, vemos algunas similitudes –aunque la de Arrancacepas, que nos ocupa ahora, sea un poco anterior, ya que el Cristo aparece con la cabeza inclinada hacia su hombro derecho y con los ojos cerrados–. Por tanto, podemos afirmar que el autor, desconocido, poco a poco se va adentrando en el estilo gótico pero sin desprenderse del arte románico, algo que todavía se puede apreciar en el *suppedaneum* o pedestal de apoyo, donde los pies del Cristo apoyan totalmente.

Texto y foto: IACC



Cruz de Arranacepas



Cruz de Ribagorda

Bibliografía

IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P. M., 1997, p. 24; LARRAÑAGA MENDÍA, J., 1990, pp. 203-206; MONEDERO BERMEJO, M. A., 1983, p. 145; SAIZ GÓMEZ, S., 2004, p. 126; SAIZ, S. y MARTÍNEZ, A. (coord.), 1987, I, p. 320

CRUZ PROCESIONAL (PROCEDENTE DE RIBAGORDA)

La última de las cruces que trataremos del Museo Diocesano, procedente de Ribagorda, ocupa el mismo lugar de exposición que la anteriormente citada cruz de Arranacepas, esto es, la última de las pequeña ventanavitrinas situada en la cámara inferior del museo o planta del Tesoro. Tras bajar hasta dicha cámara y atravesar la puerta blindada, hay que recorrer casi toda la sala hasta llegar a su último expositor, a mano derecha, aquí es donde encontraremos esta pequeña obra de arte.

Sus dimensiones se mueven en lo normal (31 x 25 cm), si atendemos a las otras cruces, sin embargo es la más pequeña de las que aquí hemos señalado. La cruz está rea-

lizada sobre una lámina de cobre dorado y se puede fechar en el siglo XIII. Cuenta además, al igual que sus homólogas, con estructura flordelisada, con pequeñas ampliaciones en forma elíptica en el centro de los brazos. Es la única que todavía conserva el sobredorado. Desgraciadamente, el brazo inferior está partido, pero, quizá para compensarlo, la cruz presenta unos bellos grabados en todo su respaldo.

En cuanto al Cristo, su representación es más similar a la de Arranacepas que a la de Valdeganga, ya que aparece coronado como rey y su *perizonium* es más largo, llegando hasta las rodillas. Afortunadamente también conserva el sobredorado.

Estamos ante una representación fiel a las costumbres románicas, pero influenciada ya por el nuevo arte que llega a la provincia, porque la figura de Cristo aparece, de nuevo, inclinada hacia su derecha (cabeza y cadera) y con los ojos cerrados, ya fallecido.

Bibliografía

BERMEJO DÍEZ, J., 1977, p. 363; IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P. M., 1997, p. 24; LARRAÑAGA MENDÍA, J., 1990, pp. 203-206; MONEDERO BERMEJO, M. A., 1983, p. 145; SAIZ GÓMEZ, S., 2004, p. 130; SAIZ, S y MARTÍNEZ, A. (coord.), 1987, I, p. 39.

BÁCULO DE SAN JULIÁN

Nos encontramos ante uno de los elementos más sobresalientes de todo el museo, ya que a su valor artístico hay que sumar el valor emocional que ofrece a los conqueses el pequeño báculo de quien fuera segundo obispo de Cuenca y hoy en día su patrón: San Julián.

Como era de esperar, ocupa un lugar privilegiado dentro del museo. Se ubica en la planta del tesoro y aparece ante el espectador en la primera de las tres vitrinas, siempre en primer plano y compartiendo el espacio con varios incensarios y un par de custodias.

Báculo de San Julián

Aunque de pequeña dimensión (25 x 5 cm), esta pieza constituye una muestra muy importante de la conocida escuela de Limoges. Fechado en torno al año 1200, según la tradición de la cesión del báculo tras la muerte del obispo, está realizado en cobre dorado, con grabados y un precioso esmaltado.

En la escena se representa la victoria de San Miguel sobre el dragón, según el relato del Apocalipsis (Ap. 12,7-9). El esmaltado combina el color azul, que predomina a lo largo de toda la obra, con los rojos y blancos, en los que se figuran los esquemas del dragón-serpiente que da cuerpo a Satanás. Éste, en una brillante resolución, empieza en la empuñadura y concluye en la curva donde se encuadra San Miguel, siendo esta última parte la cabeza de la bestia. El ángel aparece alado y nimbado, está vestido con túnica de gran decoración (sobre todo en el cuello con tres pequeñas incrustaciones azules) y recogiendo la toga sobre el brazo derecho, en cuya mano sostiene la esfera (símbolo de la resurrección y de la victoria sobre el mal). Con el otro brazo, señalando con el dedo índice, indica la caída y derrota a la tierra de la serpiente. Cabe destacar el simbolismo de esta última, ya que, según Santos Saiz, "parece que aquélla surge del mundo vegetal terrestre, oscuro y profundo, sugerido tanto por la guirnalda de hojas doradas sobre fondo azul que decoran la porción vertical del báculo como por el ornato en relieve del asa dorada que, para refuerzo, une el torso crestado del monstruo con su vientre, el cual parece emerger como de entre los pétalos de una flor abierta".

En definitiva, además de ser uno de los objetos más antiguos del museo, es, a su vez, una de las piezas mejor trabajadas del taller de Limoges, gran centro europeo del esmaltado y cuya difusión se empieza a producir gracias, entre otras cosas, a la decisión del Concilio de Letrán (1215) de autorizar el uso del esmalte campeado en la producción religiosa. Algo que, sumado a su precio relativamente modesto, la vivacidad de los colores y su capacidad narrativa, harán que aumente la popularidad de dicho taller, que llegó a producir una de las piezas más importantes en la Península: el báculo pastoral de San Julián.

Texto y foto: IACC

Bibliografía

BERMEJO DÍEZ, J., 1977, pp. 366-367; GONZÁLEZ RUANO, C., 1956, p. 74; IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P. M., 1997, p. 24; LARRAÑAGA MENDÍA, J., 1990, pp. 201-203; MONEDERO BERMEJO, M. A., 1983, p. 142; MORAGAS ROGER, V., 1959, p. 128; SAIZ GÓMEZ, S., 2004, p. 115.

CALVARIO DE ALFONSO VIII

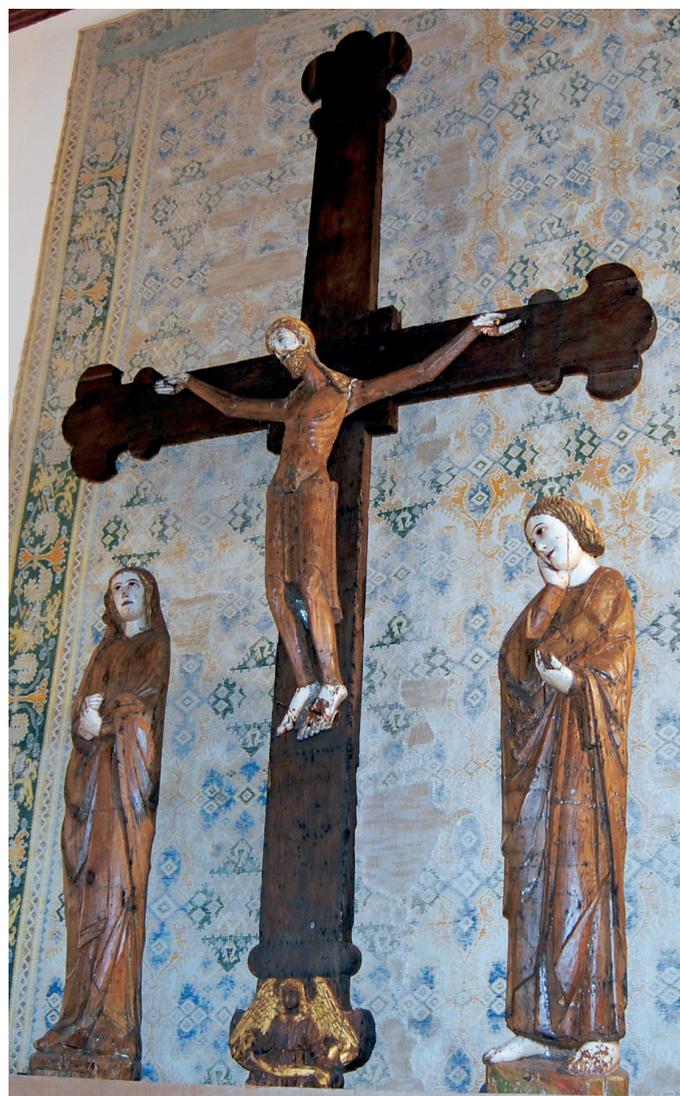
Según la tradición, esta impresionante obra de madera policromada fue donada por el monarca Alfonso VIII a la Catedral poco después de la construcción y consagración del templo, que fue ordenado erigir bajo su solicitud y protección. Por lo tanto, dicho calvario, que consta de tres figuras –Cristo crucificado en el centro, la Virgen a su derecha y San Juan en su mano opuesta–, está fechado alrededor de finales del siglo XII y principios del XIII.

Ubicado en la pared que preside la planta principal del museo, las figuras se sitúan sobre un andamio de madera, escoltadas por un precioso dosel de seda blanca. Al parecer, las figuras en la antigüedad iban acompañadas de tres escudos de armas, de los que desgraciadamente no nos quedan más noticias que su antigua existencia.

El calvario está regido por la figura de Cristo crucificado sobre cruz flordelisada. Esta imagen presenta un tamaño de 134 cm –algo más pequeña que las figuras que le secundan, ya que la Virgen alcanza una altura de 164 cm y San Juan de 162 cm– y todavía conserva la policromía en los pies, manos y rostro, al igual que una pequeña capa de dorado en la barba y cabellera. El Cristo, representado con una barba rizada y cabello en tirabuzones que le cae sobre los hombros, aparece crucificado con cuatro clavos, uno en cada extremidad, con el *perizonium* amplio que llega hasta las rodillas y careciendo de *suppedaneum*. Se representa ya muerto, con los ojos cerrados y con la cabeza ligeramente inclinada hacia el hombro derecho. La cruz está adornada en su base con un bello ángel en bajorrelieve, de amplias alas y brazos extendidos, con una desarrollada filacteria a sus plantas.

Complementan el calvario las figuras de la Virgen y de San Juan. La primera de ellas, situada a la izquierda del espectador, es totalmente rígida y con la cabeza ligeramente inclinada hacia su izquierda, en busca de la imagen central. Sobresale la disposición de las manos, que recoge bajo sus brazos el plegado de su toga o manto, que parte directamente desde su cabeza. La segunda de las imágenes, San Juan, presenta una actitud semejante, con su cabeza ligeramente torcida hacia su derecha, formando un perfecto triángulo equilátero entre sus rostros. San Juan, con la mano derecha sujeta su rostro, mientras que con la izquierda da sostiene un libro.

Ambas imágenes, al igual que el Cristo, conservan una pequeña capa de policromía en sus manos, pies y rostros. Además, la figura del evangelista mantiene una pequeña muestra de su antiguo dorado en su cabellera acanalada. Según Santos Saiz "las partes que tienen despintadas, que es casi la totalidad de sus esculturas respectivas, estuvieron



Calvario

antes recubiertas de chapas de plata, de las que este calvario fue despojado en 1903, cuando, por acuerdo del Cabildo, se vendieron en subasta pública".

En definitiva, y en palabras del citado autor, "se trata de un Calvario ciertamente admirable, tanto por la originalidad de su devota expresión, como por la justeza de su ejecución artística".

Texto y foto: IACG

Bibliografía

BERMEJO DÍEZ, J., 1977, pp. 322-325; GONZÁLEZ RUANO, C., 1956, p. 71; IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P. M., 1997, p. 24; LARRAÑAGA MENDÍA, J., 1990, p. 195; LUZ LAMARCA, R., 1991, pp. 107-113; MONEDERO BERMEJO, M. A., 1983, pp. 150-151; SAIZ GÓMEZ, S., 2004, pp. 154-155.

Iglesia de San Martín Obispo

ANTES DE LLEGAR A LA PLAZA MAYOR, y según asciende nuestro camino por la vertiente más meridional del casco histórico de la ciudad, entre callejones, escalinatas y empinadas cuestas, se esconden los restos de uno de los templos románicos más nobles de Cuenca.

Sobre la pronunciada ladera que desciende hacia el río Huécar y asomado a la Hoz, se encuentra, desde los años posteriores a la conquista cristiana de la ciudad, el barrio de San Martín. Presidido por la parroquia de su mismo nombre y por una pequeña plaza en sus inmediaciones, era el barrio de los artesanos y también de los labradores y hortelanos, aunque en la parte más alta del mismo destacaban, además del Palacio Episcopal, otros edificios importantes que alojaban a personajes tan ilustres como el comendador Fernán Gómez de Albornoz. Incluso, destacaban otros muchos que cumplían de residencia de clérigos relevantes.

En la parte central de este barrio se levantaba la iglesia de San Martín, cuyos materiales constructivos pudieron provenir de la cercana cantería de la catedral. Algunas fuentes la enmarcan cronológicamente dentro del siglo XII, más concretamente fechan su construcción en el año 1185, aunque recientes investigaciones la retrasan a pleno siglo XIII.

Este templo destacó durante largos años como una de las principales parroquias de la ciudad, hasta que con la desamortización de Mendizábal pasó a manos del Estado. El aspecto de abandono que presentaba propició que poco a poco se desmontara y se aprovecharan sus sillares para otros edificios. Es ya, a principios del siglo XX, cuando las ruinas de San Martín pasaron a ser propiedad particular.

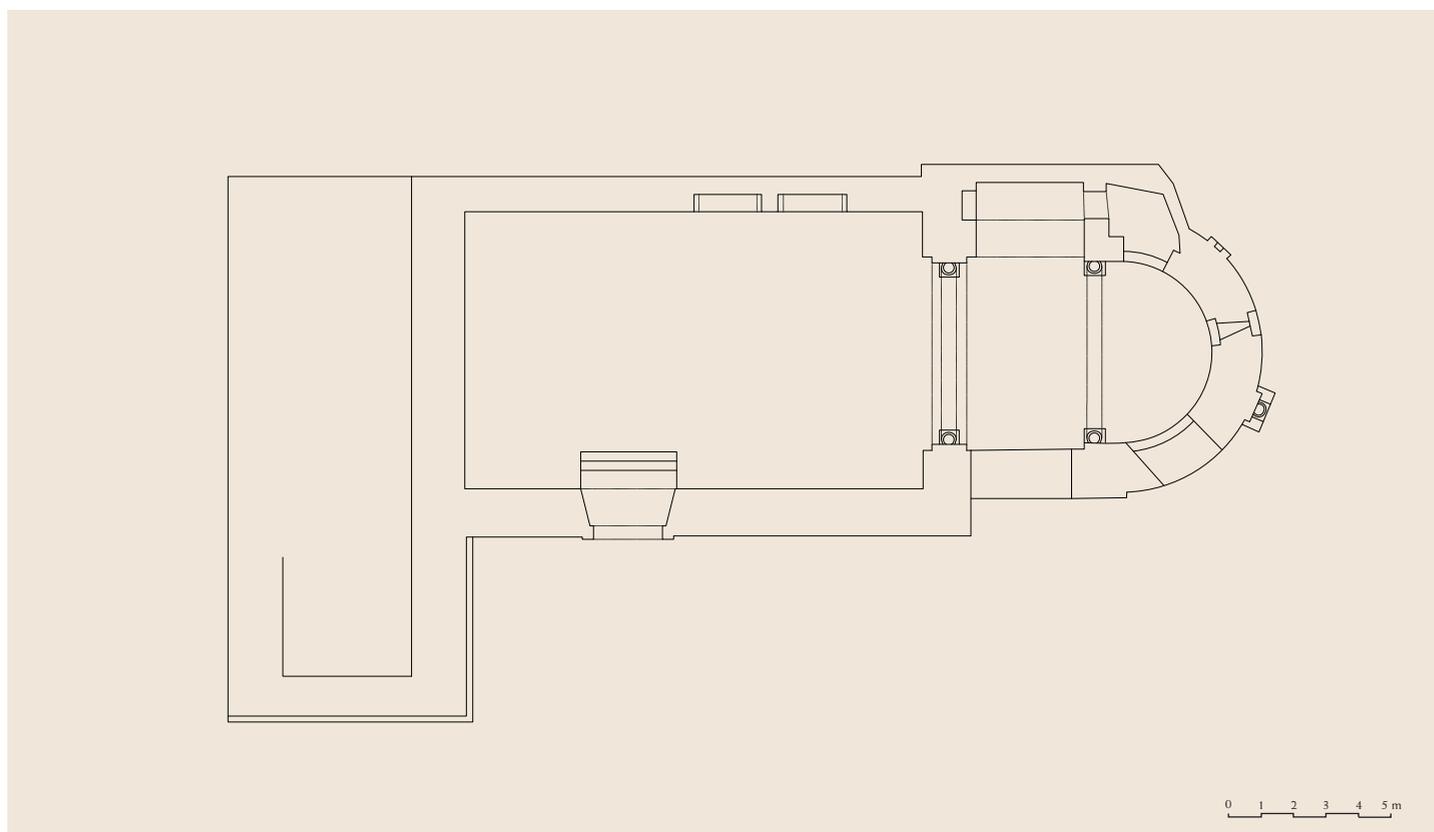
De los restos que todavía hoy se pueden contemplar, destaca el cuidado aparejo, la calidad de sus sillares —en muchos de los cuales, todavía hoy se aprecia alguna que otra marca de cantero—, su clásico estilo y los escasos restos

Vista panorámica

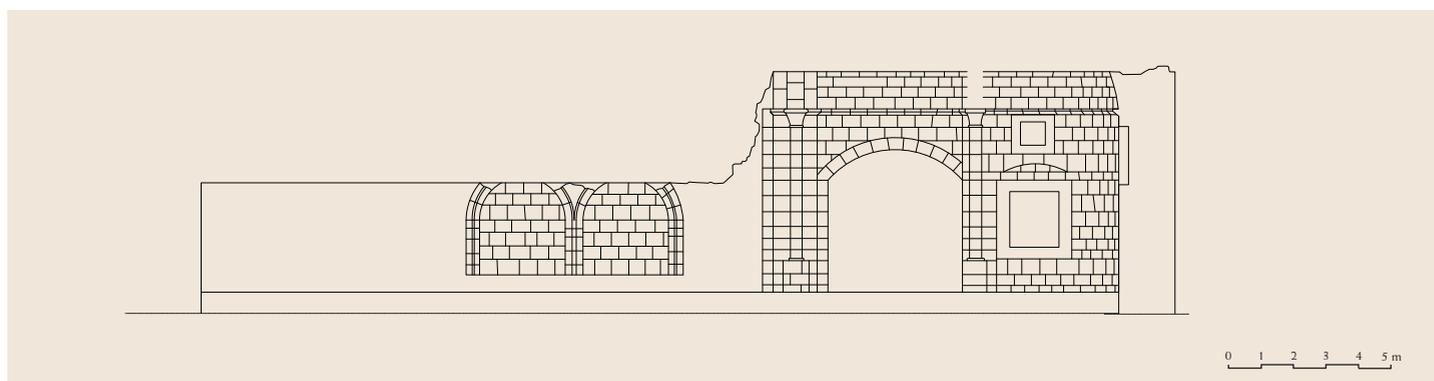


Interior del ábside

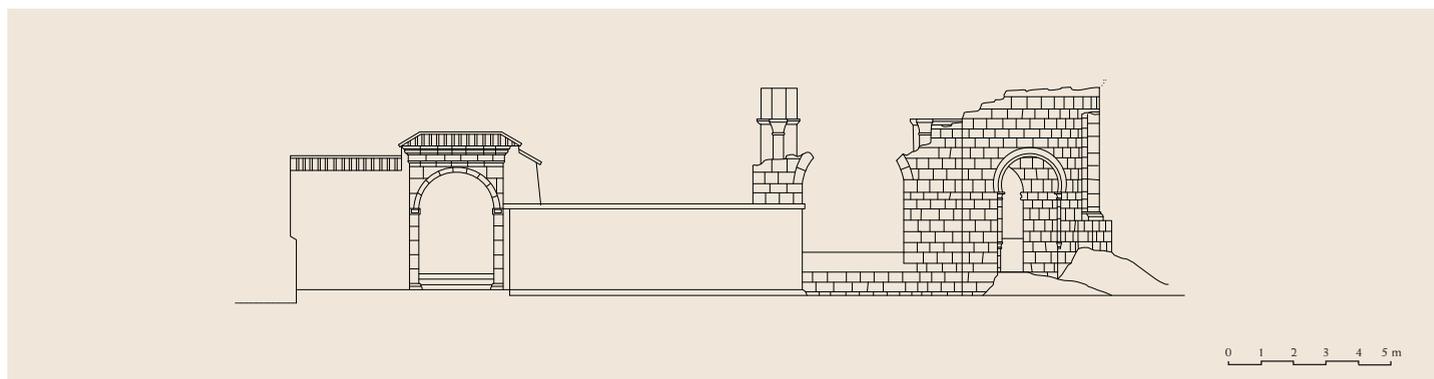




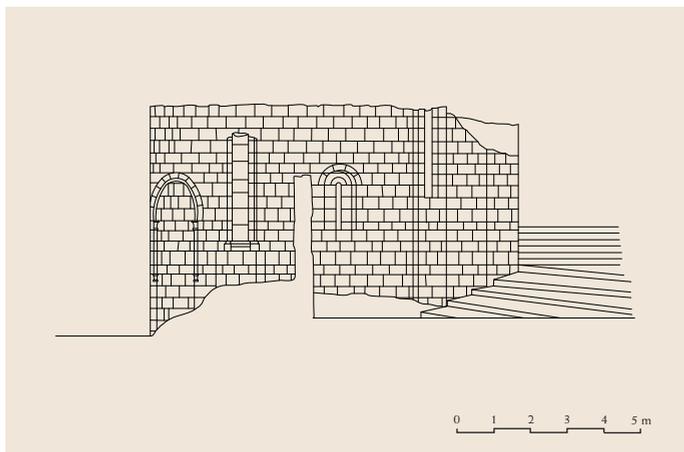
Planta



Sección longitudinal

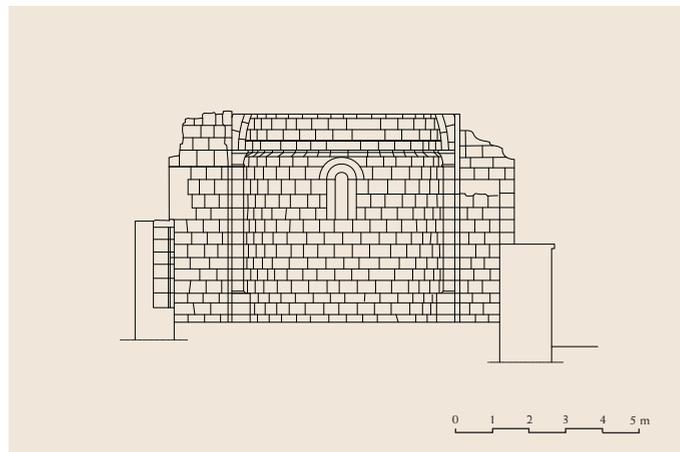
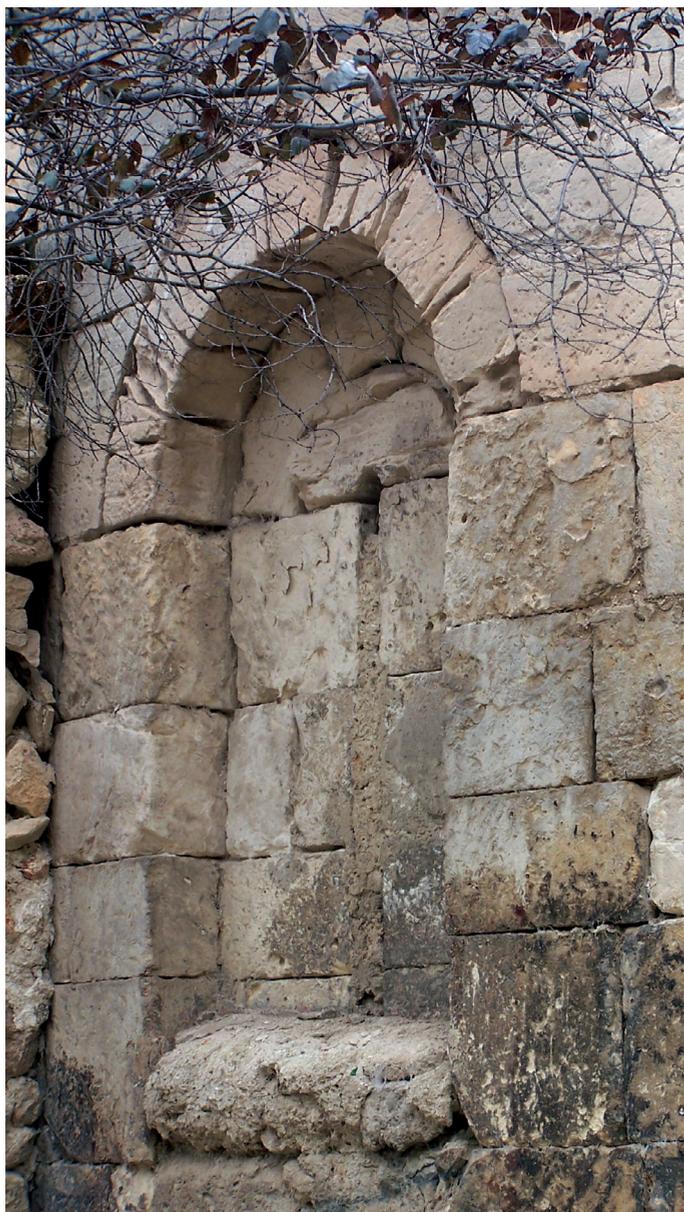


Alzado sur



Alzado este

Ventana del ábside



Sección transversal

decorativos, características que le convierte en el templo parroquial conquense del Medioevo más importante, en cuya construcción se puso la mayor atención y dedicación.

Esta iglesia, levantada sobre el lado norte de una amplia terraza sobre muro de contención, es de una sola nave, presbiterio recto y ábside semicircular. En cuanto a la cubierta de la nave, nada queda de la original, tan sólo se conserva una parte de sus paramentos. Presumiblemente fuera de madera, aunque no sería ilógico suponer un posible abovedamiento. De la cubierta de la cabecera se conservan los arranques de la bóveda de cuarto de esfera del ábside, que parte desde una cornisa que circunda prácticamente todo el ábside, y los arranques de la bóveda de cañón que cubría el presbiterio. Ambas bóvedas estaban realizadas en sillería.

En cuanto al interior de la iglesia, prácticamente en ruinas, destaca la zona de la cabecera y la ventana aspillera, cegada y apoyada sobre una cornisa que todavía hoy se puede apreciar. A un lado de la nave central, en el lienzo norte, sobresalen varios nichos u hornacinas abiertas mediante arcos decorados con cordones y molduras. Todavía hoy permanece en pie el arranque de uno de los arcos doblados que resolvía el paso del ábside al presbiterio, además de dos columnas adosadas, una de ellas con capitel.

En torno al año 1500 se abrió una portada tardogótica que dio acceso al actual jardín. Se conserva, además, el primer tramo del muro de la iglesia, reformado en el siglo XVI para construir una capilla, que da paso, a su vez, a otra adosada al ábside.

El ábside es el único elemento que se puede observar desde el exterior. En origen contaba con dos columnas adosadas a pilastras. Hoy en día nada queda de la columna adosada que todavía se podría observar desde la calle. No es este el caso, en cambio, de la columna situada en la

parte más meridional del ábside, resuelta con fuste liso y basa clásica, formada por collarino, escocia y toro, sobre alto y marcado plinto, cuyo capitel ha desaparecido. En cambio, el capitel que tenía la columna del lado más septentrional, y que, según el profesor Monedero Bermejo, se quitó para restaurar, parece encontrarse en el interior de las ruinas de la iglesia, de propiedad particular. Su decoración, a base de hojas independientes, recuerda las formas de algunos capiteles de la parte más antigua de la catedral. En el centro del tambor, entre ambas columnas, todavía hoy podemos apreciar la ventana aspillerada, de medio punto, recuadrada, a su vez, por un segundo arco situado en el espacio donde se abre una pequeña saetera.

La portada original se situaba en la fachada meridional y daba acceso a un recinto murado, donde se localiza-

ba el antiguo cementerio de la parroquia, espacio ocupado actualmente por un pequeño huerto-jardín. El muro oeste de la iglesia vendría a ocupar el espacio en el que actualmente se levanta una casa particular.

Texto y fotos: VCC - Planos: RPM

Bibliografía

ALONSO VELASCO, J. M., 2003, pp. 241; IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P. M., 2006., pp. 234-236; LÓPEZ RUBIO, M. J., 1999, pp. 187-213; MONEDERO BERMEJO, M. A., 1982, pp. 149-152; NIETO TABERNÉ, T., ALEGRE CARVAJAL, E. y EMBID GARCÍA, M. A., 1994, pp. 223-227; NIETO TABERNÉ, T. y ALEGRE CARVAJAL, E., 2001, pp. 20-21.

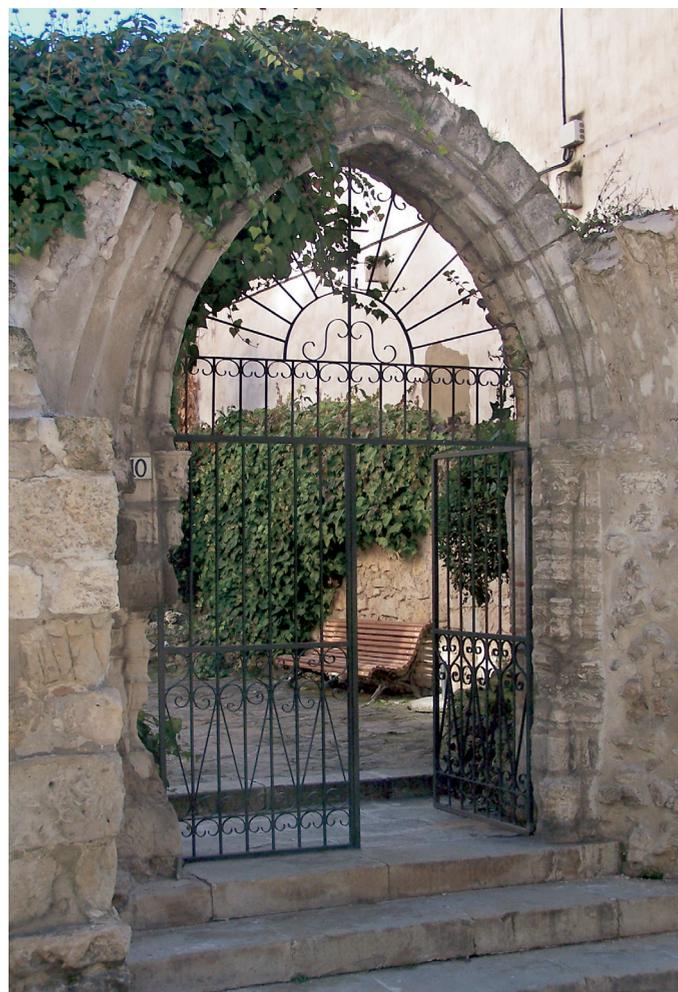
Iglesia de San Pantaleón

A ESCASOS METROS DE LA PLAZA MAYOR y de la catedral, en la actual calle San Pedro, permanecen en pie los restos de una de las iglesias más antiguas de la capital conquesa. Levantada durante el siglo XII, inmediatamente después de la conquista de la ciudad por parte del monarca Alfonso VIII, su morfología constructiva nos remite a un románico tardío. Esta iglesia nunca llegó a ser parroquia, de hecho en ningún momento ha figurado en la relación de las trece que comenzaron a construirse en la ciudad inmediatamente después de la conquista cristiana. Era utilizada, exclusivamente, por sus fundadores como lugar de culto.

Este oratorio era propiedad de la Orden de San Juan de Jerusalén, una de las órdenes militares más importantes de la Península que participó en la reconquista de Cuenca. Recordemos que los orígenes de esta orden se remontan al año 1048, y lo que en principio se fundó como una orden meramente hospitalaria, pronto pasó a ser orden militar. Así pues, a su misión hospitalaria se sumó pronto el deber de la defensa de la fe.

La iglesia de San Pantaleón, de planta rectangular y de una sola nave, destaca por su ábside plano de mampostería y por una ventana románica, abocinada, situada en la parte más alta del testero. Orientada al Este, en uno de sus laterales se puede observar el arranque de la bóveda de medio cañón que cubría el presbiterio. Precisamente, en esta zona se observa bien la técnica constructiva, de mortero aligerado con grandes trozos de cerámica. De la pequeña nave central sólo quedan unas pilastras cuadradas, sobre

Portada





Ventana

las que se apoyan los estribos de dos arcos de medio punto. Es posible que esta arquería se hiciera mucho más tarde, durante el siglo XVI, para comunicar la nave central con otra más estrecha que ocuparía lo que hoy es el callejón entre las calles de Ronda y San Pedro. Actualmente, entre estas dos pilastras, a modo de cerramiento, se han colocado unas rejas que permiten una visión completa del recinto y evitan el acceso al interior de las ruinas. La nave tendría dos tramos cubiertos con bóvedas nervadas o por artesonado, y su ábside rectangular se cerraría con bóveda de cañón apuntado tras un arco triunfal.

De la fachada principal sólo queda la portada. Se trata de un arco ojival, abocinado, del que permanece el arranque de sus arquivoltas. Destaca en este conjunto la decoración de uno de los capiteles de sus jambas, conservado milagrosamente y relacionado con la simbología templaria. Dispuesto deliberadamente en uno de los puntos más visibles para su lectura, representa una escena en la que un jinete alancea a un dragón, interpretación de la lucha entre el bien y el mal.

En cuanto al estado de conservación de la también conocida como iglesia de San Juan de Jerusalén, todo indica que su desmoronamiento viene de muy atrás. Parece ser que su estado comenzó a decaer cuando las órdenes militares perdieron su función religioso-militar. El hecho de que no aparezca en la relación de bienes desamortizables de Mendizábal viene a confirmar su precario estado de

conservación, y, por tanto, el escaso interés que había sobre este inmueble eclesiástico. En años posteriores, concretamente durante el siglo XIX, siguió sufriendo numerosos daños y expolios. De hecho, durante las invasiones carlistas se aprovechó parte de la mampostería, que aún quedaba en pie, para levantar algunas barricadas. Actualmente poco queda del templo, derribado prácticamente en su totalidad. Pero desde que pasó a ser propiedad municipal se han llevado a cabo diversas obras de consolidación y mejora que han ido dando, poco a poco, sus frutos y que han contribuido al conocimiento de su historia y técnica constructiva. Los últimos trabajos de restauración y limpieza han puesto de manifiesto la ubicación de varias sepulturas, halladas en la roca del presbiterio, y algunos sillares con representaciones figuradas, tales como una clave de bóveda con el cordero místico. En la última intervención, en una ménsula, ha aparecido una tosca calavera tocada con un yelmo de amplias alas.

Texto y fotos: VCC

Bibliografía

ALONSO VELASCO, J. M., 2003, p. 264; LÓPEZ RUBIO, M. J., 1999, pp. 187-213; MONEDERO BERMEJO, M. A., 1982, pp. 23-27; MUÑOZ, J. L. y PINÓS, J. L., 1980, pp. 75-76.

Iglesia San Pedro

SIN LUGAR A DUDAS, estamos ante uno de los templos más emblemáticos de la ciudad, ubicado al norte de la catedral y coronando la calle que lleva su nombre. Durante lustros se han publicado numerosos estudios sobre dicha iglesia, que no han hecho otra cosa que aumentar su, ya existente, halo de misticismo. Sin poder dar una fecha concreta, lo que podemos asegurar es que la primitiva iglesia de San Pedro la debemos encuadrar dentro de las primeras construcciones realizadas en la ciudad tras la conquista del rey Alfonso VIII, allá por el año 1177.

Aunque el edificio que vemos hoy es mucho más moderno, las excavaciones arqueológicas han permitido dar a conocer algunos detalles de la vieja construcción. Así, su única nave, de dimensiones reducidas (apenas 10 x 6 m), nos remite, sin lugar a dudas, a la época de la repoblación. Aunque algunos autores indican que fue la primera iglesia existente en la ciudad (Muñoz y Soliva), algo no confirmado, es cierto que los datos arrojados por la citada intervención, donde también se han encontrado diversos enterramientos antropomorfos directamente excavados en la roca primitiva del templo, nos llevarían a una fecha cercana al siglo XIII.

Sin embargo, los primeros datos que poseemos sobre este templo nos llevan hasta 1422, fecha de un documento en el que el provisor de la diócesis, Pedro Arias, otorga licencia al clérigo de San Pedro, Alfonso Gómez de Gualda, para que pudiese empeñar cualquier joya de esta iglesia con el fin de satisfacer ciertas necesidades materiales por las que estaba atravesando la parroquia.

El único testimonio románico conservado en el templo es una pila bautismal de grandes dimensiones (137 x 85 cm), procedente de la antigua iglesia de Villarejo de Fuentes. Se puede encuadrar dentro del amplio grupo de pilas bautismales decoradas con arquerías, que tan prolífica-



Pila bautismal

mente encontramos por toda la provincia. Realizada en piedra, se decora en el borde superior con una moldura de bocel, mientras que el resto de la copa lo ocupa una sucesión de arcos de medio punto dispuestos sobre pequeñas pilastras planas.

Texto: IACG - Foto: CVB

Bibliografía

DÍAZ IBÁÑEZ, J., 2002, p. 426; IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P. M., 1999, p. 200; IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P. M., 2003, pp. 384-386; MUÑOZ Y SOLIVA, T., 1860 (2002), p. 14; NIETO TABERNÉ, T., ALEGRE CARVAJAL, E. y EMBID GARCÍA, M. A., 1994, pp. 121-149; ROKISKI LÁZARO, M. L., 1995, pp. 197-212; SAIZ, S. y MARTÍNEZ, A. (coord), 1987, pp. 388-390; TROITINO VINUESA, M. A., 1995b, p. 752.

Iglesia de San Miguel

EMPLAZADA EN LA ANTIGUA MURALLA con vistas a la hoz del Júcar, encontramos la iglesia de San Miguel. Su ubicación, privilegiada, le permite ser un referente en las construcciones románicas de la ciudad, pues se sitúa a escasos metros al oeste de la catedral y de la Plaza Mayor, desde las que se accede por la bajada que lleva el nombre de nuestro templo.

Fechada a mediados del siglo XIII, San Miguel es considerada una de las iglesias más antiguas de la capital y ya

aparece referenciada en una de los primeros listados sobre templos religiosos, efectuados tras la conquista de Alfonso VIII en el año 1177. Así, por ejemplo, Mártir Rizo la incluye dentro de las catorce parroquias (trece más la catedral) en las que se divide la ciudad, tras recibir "la Fe Católica", y que se circunscribirían dentro de las murallas de la ciudad.

Pocos son los documentos que han llegado hasta nosotros de época medieval que nos sirvan para fechar el

citado templo. El 29 de abril de 1265 el obispo de Cuenca, Pedro Lorenzo, incluyó en una capellanía que había instaurado en la catedral la primera ración servidera que vacase en la parroquia de San Miguel, dando al cabildo facultad para su provisión. Según este documento, la iglesia ya estaría construida con anterioridad.

Aún así, el templo ha sufrido varias alteraciones. En el siglo XVI, con la participación del maestro de cantería Pedro de Yrizar, se amplió el edificio mediante la construcción de una nueva nave lateral, se elevó toda la iglesia y se levantó la actual torre-campanario. También en este tiempo se realizó la cúpula que cubriría la cabecera y cuya autoría ha sido atribuida a Esteban Jamete. Ya en el siglo XVIII, dañada la iglesia por la devastación producida por los ejércitos ingleses durante la guerra de Sucesión, sufrió una nueva remodelación por parte de Martín de Aldehuela, el cual le otorgaría una diferente disposición interior, centrándose principalmente en la bóveda y en su decoración. Tras el saqueo y la destrucción sufridos en la guerra civil de 1936, recibió una nueva restauración a mediados de los

años sesenta del pasado siglo veinte por parte de Fernando Chueca Goitia. En 1997 fue declarada Bien de Interés Cultural, con la categoría de Monumento, por la Dirección General de Cultura.

Finalmente, el último cambio que recibirá la iglesia de San Miguel no será en su aspecto sino en su función, ya que desde el año 1959, debido, en parte, a su formidable acústica, se ha acomodado como sala de conciertos (principalmente en el marco incomparable que supone la Semana de Música Religiosa), lugar de reuniones, zona elegida para la realización del pregón de la Semana Santa, etc., una vez cedida por el Obispado al Ayuntamiento de la ciudad.

A tenor de lo anterior, la iglesia original la podemos ubicar dentro de la construcción propia del llamado románico que en estos años se llevaba a cabo en la provincia limítrofe de Guadalajara, e incluso no sería de extrañar que algunos canteros y maestros, que anteriormente habrían trabajado en el citado término, se desplazaran a Cuenca para efectuar los diversos trabajos que encontramos en la capital, así como en pueblos cercanos.

Vista panorámica

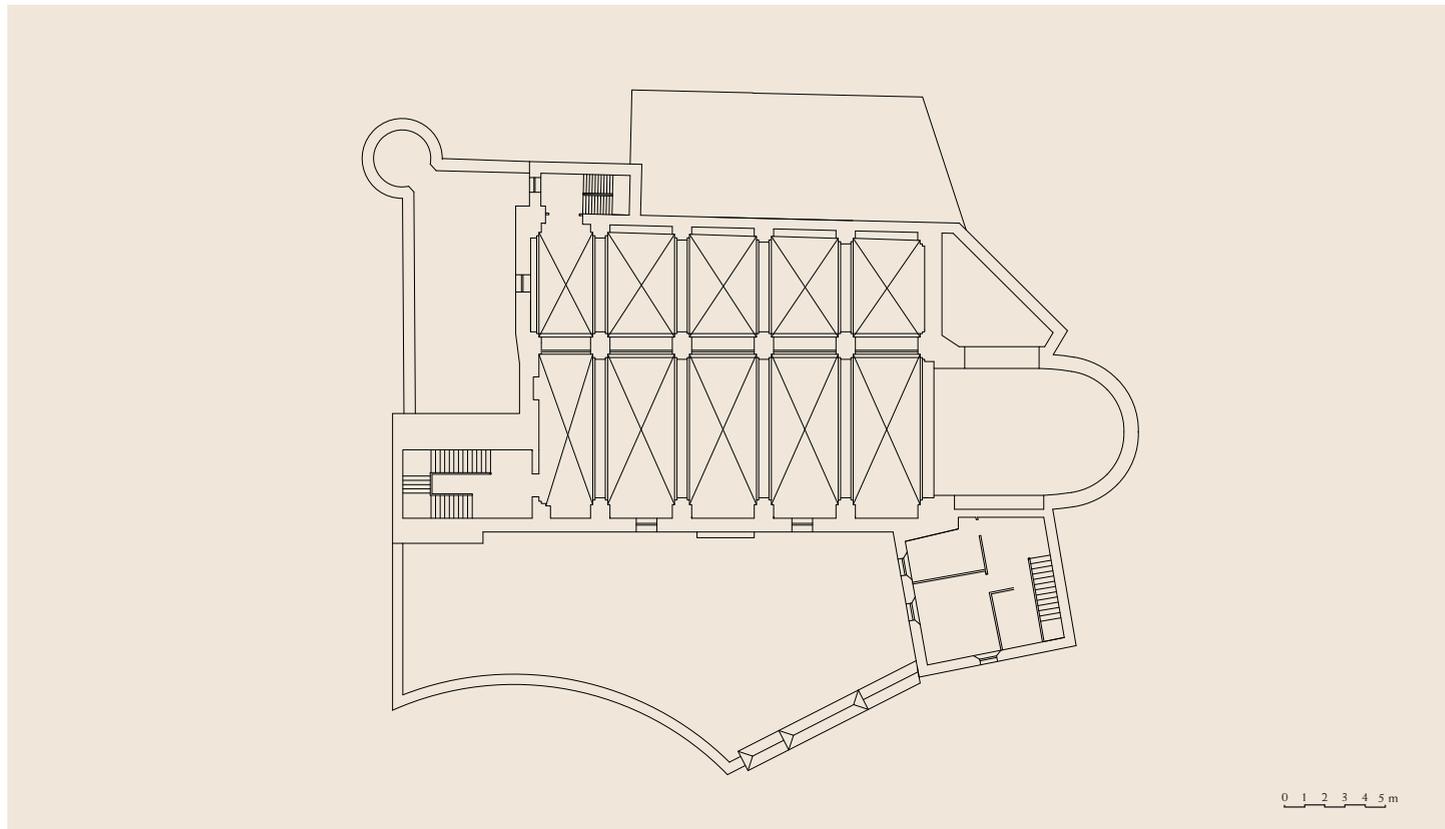




Ábside



Detalle del ábside



Planta

La iglesia de San Miguel respondería en origen al prototipo arquitectónico de la época, con una sola nave, precedida de tramo recto y ábside semicircular, y, posiblemente, con una espadaña a los pies. Hoy en día, simplemente se conserva parte del muro sur de la nave y el ábside, construido con aparejo de mampostería.

El ábside muestra una elevación de tamaño considerable, descrita, principalmente, por los cambios en los materiales de construcción y por la línea marcada por los canecillos de la primitiva cornisa (algunos restaurados). Dichos canecillos son lisos sin ningún tipo de decoración y, por supuesto, uno de los principales elementos arquitectónicos para poder fechar la iglesia de San Miguel, ya que en gran parte coinciden con los utilizados en otras iglesias de temprana edificación, como pudo ser San Martín o la propia

catedral. Situada en el tambor del ábside encontramos una ventana abocinada, con arco de medio punto, sin ninguna función en la actualidad, pero original de su construcción románica.

Texto y fotos: IACC - Planos: AMV

Bibliografía

BARRIO MOYA, J. L., 1998, p. 76; DÍAZ IBÁÑEZ, J., 2002, pp. 427-428; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J., 1975, I, pp. 243-253; IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P. M., 1999, pp. 189-200; IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P. M., 2003, pp. 367-374; MÁRTIR RIZO, J. P., 1629 (1979), pp. 103-107; MONEDERO BERMEJO, M. A., 1982, pp. 149-154; NIETO TABERNÉ, T., ALEGRE CARVAJAL, E. y EMBID GARCÍA, M. A., 1994, p. 354.